

CHINA EN 1979

PAUL CLIFFORD

CUANDO REGRESÉ A CHINA este verano luego de una ausencia de cinco años, tenía firmes intenciones de evaluar la extensión y la profundidad del cambio social que había tenido lugar durante ese turbulento período. Después de haber estudiado en Peking en 1973 y 1974, época de lucha encarnizada y amarga dentro del liderazgo del Partido y de frenéticas campañas políticas en toda la sociedad, regresaba a una China dirigida por un liderazgo virtualmente nuevo que había revertido sin pudor muchas de las políticas claves lanzadas por la Revolución Cultural y que a partir de 1976 había restablecido la producción económica y la estabilidad política. Ya con anterioridad fui consciente de los peligros del estancamiento político que observé en 1974, que convirtió al mundo intelectual en un campo de batalla en que se libraron escuálidas escaramuzas entre facciones, encubiertas por una retórica ideológica. Así también ahora tuve cuidado de no igualar mecánicamente las pretensiones de estabilidad institucional y de racionalidad económica con la corrección política. Para usar una fórmula que es popular hoy en China para combatir el dogmatismo que plagó al país hasta 1976: el único criterio para la verdad es la práctica. ¿Cuál ha sido la realidad de los grandes cambios de políticas, por ejemplo, en la educación, la administración industrial y en los asuntos culturales? Encontré que el estado de cosas era ciertamente muy diferente de cuando había estado allí por última vez, pero al mismo tiempo era todavía la misma China que había conocido, sólo treinta años más allá del semi-feudalismo y todavía pobre. Entonces me encontré planteándome muchas de las mismas preguntas que me había hecho hace cinco años. ¿Cómo enfrentaba China los problemas fundamentales de una pobla-

ción en aumento, la subproductividad agrícola, el atraso industrial y la brecha abierta entre ciudad y campo?

Educación

Había escrito a la Universidad de Peking diciéndoles que llegaría. Fuera del aislado edificio de bambú de la rectoría fuimos recibidos, entre otros, por mi viejo profesor de historia. Me alegró ver que había sobrevivido a la caída de la Banda de los Cuatro, ya que la Universidad de Peking y la cercana Universidad de Qinghua habían sido las bases ideológicas de la izquierda. Durante la campaña para criticar a Lin Piao y a Confucio fui testigo de una suspensión casi total de las clases mientras los estudiantes sostenían reuniones continuas y trabajaban colectivamente para producir panfletos que se utilizarían en dicho movimiento. Cuando las universidades fueron reabiertas por primera vez después de la Revolución Cultural, estos "estudiantes, obreros, campesinos y soldados" no tuvieron que pasar exámenes de ingreso ni presentar verdaderos exámenes de graduación. Por el contrario, los hijos de funcionarios e intelectuales debían pasar varios años trabajando en el campo antes de ser admitidos a la universidad. Sin embargo, desde 1976, ésta y otras políticas experimentales centrales a la Revolución en la Educación, como la Escuela de Puertas Abiertas en la que los estudiantes pasaban un tercio de su tiempo realizando tareas prácticas, diseñadas para combatir el elitismo fueron casi totalmente abandonadas. A pesar de lo asombroso de las innovaciones contenidas en la Revolución en la Educación, debemos reconocer que el sistema funcionaba precariamente. Aunque se nos presentaba, repetidamente y con buena publicidad, la línea maoísta en educación en términos de jóvenes y brillantes cuadros campesinos educados y promovidos durante la Revolución Cultural, no cabe duda de que la educación no estaba cumpliendo con una de sus funciones básicas, la de entrenar a los miembros de la nueva generación con un alto nivel, sea en

las artes, las ciencias puras o la tecnología. Al tiempo que la educación superior se hizo accesible para un sector más amplio de la sociedad, los cambios no lograron mantener, y mucho menos elevar, los estándares académicos, un hecho que ha dejado a China en severa desventaja en su carrera por modernizar su economía.

Mientras que un profesor de la Universidad de Fudan en Shanghai me informó que no había intenciones de regresar totalmente a los valores educacionales elitistas ejemplificados por la Universidad Estatal de Moscú, en base a la cual se había forjado la de Fudan luego de 1949, la tendencia evidente es la del restablecimiento de los estándares anteriores a 1966. Esto no será fácil. Los llamados diez años perdidos han dejado una seria herida en la educación, tanto en el aspecto material como en el intelectual.

En primer lugar, las condiciones materiales para la enseñanza y la investigación deben ser recreadas. De los 101 laboratorios científicos existentes en 1966, 51 fueron destruidos durante las luchas políticas de la Revolución Cultural. No sólo se destruyó el equipo sino que también murieron algunos profesores, perseguidos hasta la muerte o empujados al suicidio. Muchos fueron dispersados a diferentes partes del país. La meta ahora es volver a reunir un equipo de profesores capaz de enseñar la amplia gama de materias que se quiere ofrecer.

Es innegable que el clima intelectual bajo la Banda de los Cuatro estaba dominado por el miedo, la caza de brujas políticas y un conformismo agobiante. Ahora que se han eliminado muchas de las restricciones intelectuales, está retornando la profundidad y la amplitud al campo docente. Como nos dijeron en la Universidad del Noroeste en Xi'an, en la provincia de Shaanxi: "El marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong no pueden reemplazar toda la historia". Antes de la Revolución Cultural, el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Fudan ofrecía diecisiete cursos. Bajo la Revolución en la Educación éstos se redujeron a tres: entrenamiento en len-

guas, marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Zedong y problemas internacionales. Este último curso se enfocaba a problemas como el fenómeno del golpe de Estado, Watergate y Allende en Chile, que los estudiantes discutían en el vacío porque carecían de conocimientos sobre el contexto histórico como para aprovechar el curso.

Además del restablecimiento de cursos que no se habían impartido durante diez años, fue alentador notar el deseo urgente de las universidades de revivir la producción en el campo de la investigación. La investigación de postgrado ya se está desarrollando y se hablaba de introducir programas de doctorado. Pero, antes de que se comience con nuevos proyectos, lo prioritario será completar las investigaciones iniciadas antes de 1966. Ya se observa la publicación de libros preparados antes de la Revolución Cultural. Se han restablecido las redes nacionales de asociaciones de investigaciones históricas, centradas en problemas como la Revolución de 1911 y la Rebelión Taiping. Lo más asombroso fue el firme interés de las universidades por establecer lazos con instituciones en otros países, tanto entre universidades como entre departamentos. China está ansiosa por invitar a estudiosos extranjeros para que den cursos cortos e intercambien experiencias de investigación. Un ejemplo notable de esto último ha sido la participación de un contingente de estudiosos extranjeros en una conferencia sobre los Taipings celebrada en Nanjing.

Industria y agricultura

De la mayor importancia para el futuro de China es la interrelación entre industria y agricultura, algo que se demuestra claramente en el papel que ha jugado la industria de fertilizantes químicos al proporcionar un elemento crucial para la agricultura. En el curso de nuestra visita tuvimos la suerte de visitar una gran fábrica de productos químicos cerca de Shanghai y una estación de investigación agrícola en una comuna cerca de Guangzhou (Cantón).

La Petroquímica Wujing está en la ribera del Río Yangzi, a unos veinte kilómetros de Shanghai. Fue construida en 1963 al comenzar el *boom* petrolero en China. Representa uno de los puntos claves de crecimiento de la industria china que puede servir como uno de los indicadores de la capacidad potencial de la industria en el país.

Cuando uno visitaba una fábrica en 1974, era recibido no sólo por funcionarios sino también por representantes de los obreros de la planta. Ahora, con la disolución de los Comités Revolucionarios (excepto en el gobierno local), fuimos recibidos simplemente por el administrador de la fábrica, presidente del Comité de Partido de la fábrica y técnico de alto nivel. La reunión preliminar alrededor de una gran mesa en el salón de recepción fue más de negocios y menos obviamente ideológica de lo que había sido hace cinco años. Lo que es más, nos ofrecieron estadísticas de producción, algo que antes rara vez se conseguía. Nos dijeron que para 1976, a raíz del sabotaje político y el caos producido por la ultrademocracia y la falta de motivación entre los obreros, la producción había decaído al grado de que la fábrica estaba en números rojos y debía ser subsidiada por el Estado. Pero desde la derrota de la Banda de los Cuatro, se nos dijo, la producción se había recuperado de manera continua. Todos los principales productos mostraban aumentos sustanciales: para 1978, comparado con 1976, el ácido nítrico aumentó 44%, el carbino 52% y el amoníaco (que se convierte en urea, un fertilizante químico con alto grado de análisis) 41%. ¿Cómo explicaban este giro notable? Primero, los viejos cuadros y técnicos regresaron a los puestos que tenían antes de la Revolución Cultural. El administrador, los cuadros del Partido y los técnicos que encontramos, a todos se los había echado, retirado de las posiciones de autoridad para ser enviados a la planta o bien habían sido drásticamente y totalmente retirados. Segundo, se elevó el grado de motivación entre los obreros al restablecer los incentivos materiales. Durante la Revolución Cultural la competencia en la fábrica sólo tenía lugar

entre grupos tales como los turnos o los talleres y nunca por recompensas económicas. Ahora existe una amplia gama de recompensas en dicha fábrica que pueden ir de siete yuanes por mes para un obrero que gana alrededor de 47 yuanes (aprendices) a 120 yuanes por mes (a obreros especializados con experiencia). Nos dijeron que al otorgar las recompensas se tiene en cuenta tanto la calidad como la cantidad. Además hay premios para competencias que tienen por finalidad el ahorro de energía y la seguridad. El premio a la seguridad es interesante porque una de las objeciones comunes en contra de los premios y los esquemas parciales es que puedan llevar a accidentes serios cuando los obreros quieren acelerar la producción, fuera de ser decisivos al colocar a los obreros unos contra otros. En esta fábrica se otorga un premio individual a aquellos obreros que trabajan por períodos continuos de más de cien días sin tener accidentes. Además de estos premios individuales, a toda la fábrica o a los talleres por separado se les paga premios colectivos por superar los planes de producción. También los obreros se han beneficiado de un aumento reciente en los salarios nacionales que elevó el salario de cerca de un 40% de los obreros, en general los de menores ingresos.

De modo que la experiencia de la Revolución Cultural ha demostrado que sólo con las exhortaciones morales no se podía mantener, por no pensar en elevar, la producción, dado el nivel actual de conciencia política de la fuerza obrera. La vuelta al incentivo material, si es que ha de creerse al administrador de la fábrica, ha sido responsable en gran medida de la recuperación de la producción. De la misma manera ha servido para aumentar aún más la obvia desigualdad entre campo y ciudad. Durante una visita a la comuna popular de Peng Bu, situada en los suburbios de Shanghai y que se halla en una posición relativamente acomodada, supimos que el ingreso promedio de sus campesinos era de 94 yuanes por mes *por familia*, mucho menos

de lo que un solo obrero experimentado gana en la Petroquímica Wujing.

Esta fábrica es un ejemplo importante del principio de planificación chino según el cual la industria debe servir a las necesidades de la agricultura. Una parte considerable de su producción se destina a las comunas: los fertilizantes químicos que pueden elevar dramáticamente la producción de granos. La capacidad de producción de amoníaco de la Petroquímica Wujing es ahora sólo de 100 000 toneladas al año, lo cual significa operaciones de mediana escala. Pero junto a la vieja planta se está levantando una nueva capaz de producir, cuando comience a operar a fines de 1979, 300 000 toneladas de amoníaco anuales que luego habrán de convertirse, en una planta gemela, en 500 000 toneladas de urea, fertilizante nitrogenado de alto análisis. No sólo su capacidad la hace equiparable a las grandes plantas de amoníaco de los campos petroleros de Daqing y otros lugares sino que, en comparación con estas plantas con tecnología japonesa, francesa y norteamericana, esta nueva expansión ha sido totalmente diseñada y construida por los chinos. La importancia de esta forma de desarrollo industrial para la muy poco productiva agricultura china no puede ser subestimada. Más tarde, en el curso de nuestro viaje a través de China, en una comuna cerca de Guangzhou, pudimos acercarnos a este problema desde otro ángulo, desde el punto de vista de los productores agrícolas que aplican los fertilizantes que produce la industria.

La Comuna Popular de Xinhua cultiva arroz a 50 o 60 kilómetros de Guangzhou. De antemano, yo había manifestado mi interés por la modernización agrícola y, luego de una breve presentación hecha por el jefe de la comuna, nos condujeron a la Estación de Investigaciones Científica Agrícola de la comuna (*nongye kexue yanjiu zhan*). Además de esta estación central de investigación, la comuna tiene también otras más pequeñas a nivel de brigada de producción y un total de 2 100 *mu* de tierra se dedica a experimentos agrícolas. El jefe de la estación de investigación,

Xia Shutang, nos informó que cada hectárea de tierra arable de la comuna recibía 400 a 500 kilos de fertilizantes orgánicos por año y 61 a 64 kilos de fertilizantes químicos. Aún siendo estas cantidades relativamente pequeñas (Japón aplica más de siete veces esta cantidad), según las autoridades de la comuna, de todos modos han contribuido a lograr un aumento del 20 al 40% en la producción de granos. La proporción del fertilizante químico por tipo de nutriente es de 10 kilos de potasio, 25 de fósforo, 26 a 29 de nitrógeno. Catorce kilos de este fertilizante nitrogenado es bicarbonato de amoníaco de baja calidad (valor nutriente de 15 a 20% de nitrógeno) y un 12% del mismo es producido en la ciudad del distrito en pequeñas plantas alimentadas a carbón y lignita. Pero lo más importante es que los 12 o 15 kilos restantes son urea que, altamente concentrada (con valor nutriente de más de 46% de nitrógeno), juega un papel proporcionalmente más importante para acrecentar la producción de granos que el bicarbonato de amoníaco. La urea se produce a partir del amoníaco, que a la vez se deriva del petróleo o del gas natural por un proceso complejo y costoso que se lleva a cabo en grandes plantas petroquímicas como la de Wujing en Shanghai. La comuna de Xinhua no posee urea suficiente. Xia explicó que se necesitaba un 10% extra para el arroz. Naturalmente, le pregunté si la escasez de urea (que viene de Guangzhou o se importa del extranjero y que la comuna compra del Estado a más de 2 yuanes el kilo) se debía a que la comuna no tenía los fondos necesarios. Mientras caminábamos alrededor de las parcelas experimentales de arroz, cuidadosamente catalogadas para señalar el experimento en curso —como por ejemplo, el de cruza de variedades y el de aplicación de diferentes cantidades y combinaciones de fertilizantes químicos— Xia me dijo que en realidad tenían fondos para la urea extra pero que el Estado no podía proporcionarla. Como él dijo: “nuestra escasez se relaciona directamente con el nivel de la producción industrial”. Es por eso que el aumento de la capacidad

de la Petroquímica Wujing y otras como ella es tan crucial para el desarrollo agrícola de China. La baja capacidad industrial está deteniendo la producción en el campo.

Conocer a Xia Shutang, jefe de la estación de investigación, fue una experiencia valiosa no sólo porque iluminó el problema de la interdependencia entre industria y agricultura. Xia es una evidencia tangible de los beneficios que los primeros treinta años de la República Popular han traído a las masas chinas. Más que eso, el suyo ha sido el resultado irónicamente positivo de esos diez años de Revolución Cultural, hoy totalmente condenados. Xia, ahora en los treinta, originalmente sólo asistió a la escuela primaria y de allí fue directamente a trabajar al campo. Pero a principios de la década de 1970 fue seleccionado para estudiar por un año en el Colegio Agrícola Técnico del condado de Hua. Actualmente es el jefe de la estación de investigación agrícola de la Comuna Popular de Xinhua y dirige un personal de veinte miembros, nueve de los cuales también han pasado por el colegio agrícola del condado. Alto, fuerte, con la piel curtida por el clima, Xia nos describió con orgullo y confianza el trabajo que han venido realizando para mejorar científicamente la producción de los cultivos. Mientras que no hay dudas de que la Revolución Cultural dañó gravemente la investigación científica pura, la cual todavía no se recobra totalmente, la difusión de la educación a nivel básico en ese período, y especialmente en el campo, debe considerarse como un éxito considerable y duradero.

Mientras que personas como Xia se han beneficiado de los cambios revolucionarios que "dieron vuelta al cielo y la tierra", naturalmente también están aquellos que han sufrido. En la comuna de Xinhua discutimos con nuestro anfitrión la decisión reciente del gobierno de eliminar la etiqueta de enemigo de clase para los terratenientes y otros que han sido castigados desde la liberación. Para responder a nuestra inquietud en cuanto a si era posible encontrar a una de estas personas en la comuna nos permitieron

téner una entrevista fascinante pero aterradora. Trajeron a Xu Jiwu en auto desde el otro extremo de la comuna para que se reuniera con nosotros. Fumando continuamente y con manos que temblaban visiblemente, nos contó su historia. Hijo de un terrateniente, en 1949, a la edad de veintidós años, había sido reclutado por una "organización de espionaje norteamericano" en la Universidad de Guangzhou, donde estaba estudiando. Pero fue sólo en 1951 que sus "crímenes" salieron a la luz, durante el Movimiento para la Supresión de los Contrarrevolucionarios. Forzado a tener que escribir una descripción detallada de su vida, finalmente confesó y fue sentenciado por una corte de la capital del distrito de Yingde, provincia de Guangdong, a cinco años de trabajo correccional por ser un "elemento contrarrevolucionario". Éste fue, según los estándares chinos, un castigo relativamente leve, si se toma en cuenta que entre 800 000 y tres millones fueron ejecutados durante la campaña. Su esposa también fue sentenciada a cinco años por el mismo delito.

Fue dejado en libertad en 1957 y regresó a su aldea natal, hoy la comuna popular de Xinhua, donde ha vivido más de veinte años bajo supervisión o "controlado", donde se le permitió cultivar, pero no se le ha permitido tener ningún derecho político ni posibilidades de promoción, ni un trabajo mejor. Su esposa, que regresó con él al ser liberado, también ha estado bajo supervisión. Desde 1957 ha sido con regularidad objeto de críticas y denuncias como representante de las viejas clases explotadoras, especialmente durante la Revolución Cultural. Han tenido cinco hijos. Su primera hija, nacida antes del arresto, fue enviada a vivir con parientes durante su encarcelamiento y se ha casado, significativamente, con el hijo de un terrateniente y ahora es miembro de una comuna vecina. Sus otras dos hijas, que nacieron después de 1957, trabajan en los campos de la comuna de Xinhua. Su hijo mayor acaba de pasar los exámenes de ingreso a la Universidad para 1980, hazaña no despreciable considerando que la comuna de 71 000

miembros tuvo sólo seis candidatos que ingresaron a la Universidad en 1978 y dos en 1979. Su hijo menor estudia la secundaria.

Desde que se eliminó su estatus de contrarrevolucionario en 1979, a Xu se le ha asignado el puesto de maestro en una de las escuelas primarias de la comuna a nivel de brigada, en la cual enseña inglés, entre otras cosas, por un salario de alrededor de treinta yuanes, apenas igual al ingreso más bajo de un campesino que trabaja en el campo. Mientras el jefe de la comuna y nuestros funcionarios del Ministerio de Educación, por primera vez durante nuestro viaje, tomaban copiosas notas, presumiblemente para cubrirse con su propio registro de lo que se dijo durante esta entrevista poco común, Xu rara vez nos miró a los ojos y habló en voz baja. Cuando le preguntamos qué tipo de amigos tenía, nos explicó que no tenía amigos íntimos entre los miembros de las clases progresistas. Entre los viejos explotadores y los revolucionarios había una clara demarcación y él era obviamente algo así como un destacado. Cada revolución tiene su costo social y Xu había pagado caro. Pero aunque sentí tristeza por su patética figura, destrozada por un proceso brutal, también reflexioné sobre lo que la revolución había significado para el científico-campesino Xia Shutang que habíamos conocido sólo unas horas antes. El contraste no podía haber sido más tajante.

Para concluir, después de treinta años de la liberación, China sigue estando económicamente atrasada y presenta muchas desigualdades sociales. El campo es más pobre, mientras que la industria lucha por proporcionar los elementos para la modernización de la agricultura que va a paliar esa pobreza. Los cambios considerables que han tenido lugar desde 1976 han unido a la nación después de diez años de lucha política asfixiante y han creado las condiciones para un ataque coherente y coordinado a los problemas económicos y sociales de China. Pero aunque se está verificando un *boom* en la construcción y los caminos son más frecuentados por vehículos de motor que hace cinco

años, señales seguras de crecimiento económico, la lucha por sacar a China del atraso casi medieval, que reina en algunos lugares formará parte de un proceso lento. Hecho reconocido por los planificadores chinos que se ocupan de replantear los planes de modernización que han probado ser superambiciosos. Los cambios de mentalidad han sido más sorprendentes y rápidos. Los chinos mismos señalan la "liberación del pensamiento" que ha tenido lugar recientemente, y además hay una forma de ser nueva, más franca y abierta. Este espíritu curioso y científico ha contrarrestado un dogmatismo muy afianzado y ha revivido el debate sincero y el intercambio intelectual. Pero el aire fresco que pasa por China también ha elevado las expectativas de la gente, sea por la democracia o por los productos de consumo. Dado el intento de sofocar a los disidentes de Peking y lo duro de la realidad económica, uno duda si los líderes actuales de China podrán satisfacer los aperitos que tanto han querido estimular. La limousine Mercedes que llevaba a un restaurante de Peking a un alto oficial del ejército y el televisor Sony exhibido en un aparador de Shanghai, simbolizan lo que se les ha prometido a las masas chinas, promesas que aún pasará un tiempo antes de que puedan ser cumplidas.

Traducción del inglés por
SUSANA DEVALLE